

Cómo inventar cuentos que encantarán a tus hijos

31/12/2021 05:10



Niños en primera fila prestan toda su atención a la cuentacuentos

¿Quién no recuerda las historias sobre niños valientes, malvadas madrastras o grutas submarinas a las que se llegaba a través de una senda de peces naranjas? Muchas de ellas eran inventadas, como la historia de la muñeca que cuando nadie miraba caminaba hasta un riachuelo para nadar un rato al estilo braza. Hoy día, los relatos a viva voz que calentaron las camas de los más pequeños antes de dormir o les distrajeron a pleno sol, están cayendo en desuso debido a las niñeras digitales (teléfonos inteligentes, tabletas...), algo a lo que se resisten los defensores de la oralidad.

Silke Rose y Joseph Sarosy Maestra de pre-escolar en

una escuela de Waldorf y fundador de la Junier School

El mensaje de fondo es que cualquier persona está capacitada para imaginar una historia entretenida, al tratarse de una facultad que nos viene dada de nacimiento. “Nos hemos dado cuenta de que cuando un niño dice: ‘Cuéntame una historia’ no está pidiendo una narración. Está pidiendo tu atención”, anotan Silke Rose, maestra de pre-escolar en una escuela Waldorf, y Joseph Sarosy, fundador de la Juniper School (un proyecto escolar al aire libre), en el libro *Cómo contar historias* (Urano).



Joseph Sarosy y Silke Rose defienden un método intuitivo de contar historias en el que la imaginación del cuentista es importante

Heather Lynn Sparrow

Su intención al escribir esta obra es popularizar el método intuitivo que llevan aplicando desde hace treinta años para entretener a sus alumnos con relatos que no vienen a cuento. "Intuitivo" significa que no necesita ninguna preparación, sino que las historias se inventan en el acto y

sobre la marcha. Uno de los consejos de Rose y Sarosy es encontrar algo pequeño y hacerlo grande. La cuestión es llamar la atención de la niña o el niño a partir de un personaje diminuto o de un objeto al alcance de la vista y, a partir de ahí, idear una trama que estimule su imaginación. Puede tratarse, por ejemplo, de un pequeño gnomo que vive dentro de una piedra (una posibilidad sería describir cómo es la piedra por dentro, cómo están distribuidas las habitaciones y por donde se sale al exterior).

Otra de sus sugerencias es reconvertir escenas cotidianas en historias que empiecen por "érase una vez" y finalicen con "...y vivieron felices y comieron perdices". El objetivo es que las criaturas escuchen estas narraciones como "ensayos generales de la vida real". En el libro *The Storytelling Animal. How Stories Make Us Human*, Jonathan Gottschall cita las neuronas espejo. "Tenemos empatía por los personajes de ficción... porque literalmente experimentan los mismos sentimientos que nosotros", recalca.

¿Por qué nos gusta tanto el osito de peluche?

Las historias protagonizadas por ositos se han labrado un hueco en muchos corazones. Para Joseph Sarosy, hay razones de peso que explican la inclinación que sienten los niños por los plantígrados de pelaje espeso. "En la tradición de los nativos americanos, el oso es un símbolo

protector. Es la Mamá Osa que vela por ti y te protege", explica a través del mail el coautor de *Cómo contar historias* (Urano). "El oso representa la fuerza, pero también la sencillez, la comodidad y la paciencia. No es feroz como el león o el tigre. Su ferocidad sólo aparece cuando es necesario", reseña. "El resto del tiempo es más suave, más dormilón, incluso un poco torpe... Su hibernación estacional nos invita a entrar en la cueva y soñar. El oso también nos conecta con el bosque y nuestro yo salvaje, que no tiene miedo y puede enfrentarse a la oscuridad", aduce.

A renglón seguido, Sarosy relata la historia de Margarete Steiff, una mujer alemana nacida en 1847 que está considerada la pionera del juguete. Margarete tenía limitada la movilidad de la mano derecha a causa de la poliomielitis, lo que no le impidió ser costurera y, años más tarde, hacer animales de peluche para ayudar económicamente a su familia. En 1902 diseñó su primer oso de peluche, que acabaría llegando a la feria del juguete de Nueva York.

Imagen de archivo de un osito de peluche

Otras Fuentes

"Por aquella época –sigue contando Sarosy– Teddy Roosevelt era el presidente de Estados Unidos y recientemente había recibido cierta atención por haber salvado a un bebé oso durante una cacería". Al parecer, el presidente norteamericano se encontraba de cacería en Louisiana y, vista su incapacidad para abatir a algún

animal, los anfitriones le pusieron a tiro un osezno. Pero Theodore no quiso disparar a la cría del oso y la dejó escapar. Ello provocó las burlas de los periódicos y, también, que los 3.000 ositos de peluche con brazos y piernas móviles que fabricó Steiff pasaran a convertirse en un emblema de los buenos hombres. Por este motivo, los primeros osos de peluche se llamaron Teddy Bear, en honor a Theodore Roosevelt.

Por ejemplo, si a un hijo le duelen los dientes, tal vez una buena historia pueda distraerle. "Érase una vez una niña a la que dolían tanto las muelas que se fue de viaje para curarse el dolor. En el camino halló un castor que tenía que masticar madera sin cesar porque sus dientes nunca dejaban de crecer". Así empieza el relato que proponen Rose y Sarosy.

Otro ejemplo: si el niño o niña es olvidadizo y acostumbra a dejarse con frecuencia la chaqueta en casa, por decir algo, se puede urdir una historia sobre un oso que se fue a nadar y se quitó el abrigo de pieles. Lo dejó en la orilla, pero luego se olvidó y tuvo mucho frío por tener que llegar a casa desnudo.

Lee también

En realidad, el argumento, siempre y cuando la historia sea entretenida, es lo de menos: lo fundamental es empatizar. "Nuestro consejo de fondo –explica a través del mail, Joseph Sarosy desde Nuevo México (EE.UU.)– es

hacer siempre lo que funcione". Ahora bien, si la atención del churumbel empieza a decaer "¡toma nota!", exclama. "Simplemente significa que la conexión se está deshaciendo. De ser así, deberá introducir, tal vez, algunos movimientos corporales, cambiar el tono de voz o quedar en silencio. Esto suscitará la curiosidad de los más pequeños, aunque sólo sea para que pregunten: 'Por qué has dejado de hablar?'", desvela. "Haz preguntas. Haz que participen. Esto les ayudará a sentirse vistos y atendidos, y ese es precisamente el objetivo", enfatiza.

Moraleja: para entretener a los hijos no hace falta contar la historia más atractiva de todos los tiempos, sino que basta con cocinar un sofrito casero que tenga por ingredientes la imaginación (¿y si son las ramas las que mueven el viento?), disponer de tiempo y conectar por tierra, mar y aire (con la palabra, la mirada, la escucha...) con los hijos para que abran su corazón a historias capaces de dejarlos con la boca abierta.

Blanca Calvo, una de las fundadoras del Maratón de Cuentos de Guadalajara

De todo ello sabe un rato Blanca Calvo, una de las fundadoras de la Maratón de Cuentos de Guadalajara, probablemente el mayor certamen de narración oral que se celebra en España, tras fundarse en 1991. Por aquel entonces, Calvo era la alcaldesa de la capital alcarreña, cargo que ocupó un año, un mes y un día. "Contar un cuento es como entrar en una burbuja de amor", explica esta bibliotecaria jubilada que cualquiera diría que ha

descubierto en algún bosque cercano (tal vez en Valdenazar...) la pócima de la eterna vitalidad. "La fórmula secreta de todo buen cuento es conectar con quien tenemos delante", confirma. "Me encanta muchísimo el momento antes de dormir en el que estamos todos tan blanditos y contar (o que me cuenten...) una historia", confiesa.

Me encanta el momento antes de dormir en el que estamos todos tan blanditos y contar (o que me cuenten...) una historia"

Blanca CalvoCo fundadora de la Maratón de Cuentos de Guadalajara

Una de las historias que más recuerda Calvo fue la de Pelostuertos, un cuento tradicional castellano que le contaron siendo muy niña y que luego ella ha traspasado a sus hijos y nietos. El relato trata sobre la generosidad y empieza así: "Érase una vez un hombre que vivía en un pueblo. Era muy descuidado, y nunca se peinaba. Por eso, siempre tenía el pelo sucio y enredado, razón por la que la gente le llamaba Pelostuertos. Este hombre era muy egoísta. Nunca quería hablar con nadie del pueblo y siempre estaba solo y malhumorado. Pero tenía en el jardincito de su casa una cosa estupenda: una higuera que daba los higos más dulces y deliciosos que os podáis imaginar. A él no le gustaban los higos, y no se los comía, pero no quería que nadie los cogiera, ni siquiera los

pájaros, así que siempre tenía preparada una escopeta de perdigones y si a un niño, una niña o un pájaro...se le ocurría subirse a la higuera y coger o picotear un higo, desafiando la prohibición de Pelostuertos, se llevaba un perdigonazo en el culo o en el ala”.

Durante un tiempo, Calvo pensó que fue su madre la que le contó cómo Pelostuertos recibió una lección por parte de los niños (aunque es verdad que para ello tuvieron que disfrazarse de fantasmas, esqueletos y otros seres de ultratumba para atemorizarle tanto como para que acabara poniendo una cesta de higos a la puerta de su casa, momento a partir del cual fue mucho más feliz). Pero no fue su madre quien le contó el cuento por primera vez, sino una amiga suya que también era bibliotecaria y acudía a menudo a visitarla.

Estrella Ortiz, en un momento en el que cuenta historias a un público infantil

Txema García

En la revelación tuvo un papel decisivo Estrella Ortiz, otra de las coinventoras del Maratón de Cuentos de Guadalajara. Ortiz está considerada una de las narradoras orales de mayor solera de España, después de decidir hace más de treinta años llamarse Rotundifolia para llenar de teatro, lecturas y sueños las mentes de los pequeñajos y grandotes. “Poco a poco, he ido descubriendo que me cuento a mí misma”, explica. La cuestión es que Ortiz, en un curso de narración oral, realizó una especie de ejercicio de hipnosis para retroceder a la infancia y revivir

el momento en que alguien nos contó los primeros cuentos y fue entonces cuando Calvo reparó en que esa historia que le contó la amiga de su madre pasó a formar parte de su carácter desde ese mismo momento.

Estrella OrtizCuentacuentos y co fundadora de la Maratón de Cuentos de Guadalajara

“Los cuentos que escuchamos durante los primeros años de vida nos ayudan a ser como somos de adultos. Contar cuentos a los hijos es una manera de modular su carácter y de transmitirles valores. Es una forma de pedagogía”, subraya. Sin embargo, no hace falta que las historias intenten moralizar, aunque siempre es buena idea que acaben con una nota feliz, ya que las historias orales pueden tener una gran carga emocional al alcanzar el clímax, por lo que dejarlas sin cerrar puede crear inquietud.

Imagen del Maratón de Cuentos de Guadalajara, celebrado en la Cripta de San Francisco

El verdadero embrujo de las hadas

Muchas de las narrativas y argumentos de los cuentos permanecen con nosotros mucho más allá de la infancia. El ejemplo de libro son los cuentos de hadas. Según Josep Sarosy, autor del blog [The Storytelling Loop](#), dedicado a la hora del cuento, las historias de hadas contienen todos los arquetipos de la humanidad, es decir, expresan preocupaciones universales que trascienden a

cualquier época: la pérdida del hogar protector, la envidia, las sombras que nos rodean, el poder catártico del amor... "Se crearon cuando las tradiciones narrativas eran todavía orales", explica Sarosy. "Cuando abrimos nuestros corazones y mentes a estas historias, nos damos cuenta de que la bruja malvada (o la vieja bruja amable) son arquetipos que viven dentro de nosotros. Los encontramos en nuestros pensamientos, en nuestros miedos, en nuestros celos y también en nuestra bondad y honestidad", concluye.

Aunque no hay nada de malo en contar relatos edificantes, es mejor que los personajes se comporten de manera tanto respetuosa como irrespetuosa, para que cada niña o niño tenga la oportunidad de comprobar cómo nuestras acciones afectan a los demás. Dicho con otras palabras: los cuentos ayudan a los niños a darse cuenta de que es mejor ser tolerante y generoso, que comportarse como Pelostuertos, esto es, como alguien que únicamente piensa en sí mismo.

El consejo de Ortiz es dejar volar la imaginación "y no tener miedo al aterrizaje", bromea, pues contar un cuento no es muy diferente a viajar. "Lo principal –indica– es elegir una historia que nos guste y estar pendiente de quien tenemos delante para poder calibrar el ritmo, si el niño tiene miedo, si se divierte..."

Escuchar cuentos, y narrarlos, es como volar por el mundo de las ideas y de las emociones, con aterrizaje incluido

Algo que puede hacerse, por ejemplo, a partir de una aventura como la que se cuenta en *El camino de las manzanas* (OQO), uno de los últimos relatos que ha publicado Ortiz. He aquí el argumento: una niña camina, sola, entre árboles oscuros, pisadas que suenan por detrás, silbidos del viento entre ramas que crujen...hasta que una vecina, cantando una vieja canción, y una comitiva de plumas y patas, hacen que el camino se ensanche y sea más alegre.

“La madre de Goethe, el poeta alemán, era muy famosa en su época por lo bien que contaba los cuentos. Ella decía que era capaz de leer en la mirada de quienes le escuchaban qué deseaban oír”, explica. Si a Estrella Ortiz le contaba los cuentos su abuelo, a Héctor Urien le llegaron por boca de su abuela Julia. “En realidad, todos tenemos un depósito de cuentos dentro de nosotros, aunque no lo sepamos”, explica el autor de *El arte de contar una historia. 101 estrategias para el 'storytelling'* (Planeta).

Un cuento para cada edad

Puestos en un aprieto, la mayoría de los niños de cuatro años inventan historias espontáneamente [para evitar verdades incómodas](#)... Verbigracia: todo el mundo sabe contar historias, ya que es así como explicamos desde muy niños lo que ha sucedido y... lo que desearíamos que hubiera pasado. Aunque para contar una historia solamente hace falta encontrar el momento oportuno,

usar palabras sencillas, no tener una dicción monocorde y permitir que el niño participe, los expertos informan que hasta que los niños tienen dos años de edad no llegan a comprender del todo el sentido de los cuentos. Tal vez por ello, Rose y Sarosy consideran que el momento ideal para comenzar a contar historias es a los tres o cuatro años. Pero eso no significa que no se pueda antes. En todo caso, las historias para bebés han de ser muy breves y simples (por ejemplo, esconder la cara detrás de las manos).

Cara Delevingne en una imagen promocional como la bruja en *Suicide Squad*

©Warner Bros

Aproximadamente, a la edad de cuatro años, los niños se abren a los personajes complejos y a tramas algo más sofisticadas. Cerca del sexto año de vida, se puede introducir un peligro real. Esta es la época recomendada por Joseph Sarosy para las brujas que se comen a los niños y los monstruos del bosque. Antes de esa edad, suele ser demasiado aterrador luchar solo contra la bruja malvada o el monstruo de turno. Como curiosidad, a los niños les gusta que les cuenten la misma historia más de una vez porque les da mucha seguridad saber lo que va a pasar.

En el momento presente, este narrador de historias se ha embarcado en contar *Las mil y una noches*, una a una, en la Taberna Alabanda de Lavapiés, en Madrid, para que los espectadores experimenten lo mismo que en aquella

alcoba donde Sheherezade le contaba al sultán, noche a noche, un cuento diferente para evitar morir.

“Ahora mismo voy por la noche 344... Cada martes cuento una noche. En febrero hará diez años que empecé a contar *Las mil y una noches*”, dice. Asimismo, Urien ha realizado una adaptación para contar a viva voz *El Quijote* en una hora y cinco minutos. De momento, lleva tres funciones en el teatro Off del barrio de La Latina de Madrid.



Héctor Urien, en un momento narrativo, en Casa Árabe

“Los seres humanos nos relacionamos a partir de las historias que contamos y escuchamos”, manifiesta. Las historias que le contaba su abuela a Héctor, se las acabó contando él a sus primos de Cádiz. “Ahora mismo me viene a la cabeza la de *Los siete cabritillos*. Recuerdo un

momento fascinante donde el cabritillo más pequeño se ocultaba en un reloj de cuco, porque en los cuentos pueden suceder cosas inexplicables. Por eso es tan importante tener una relación pasional con lo que se cuenta y creérselo para que la historia adquiriera corporeidad y pueda encarnarse en los oyentes. Eso es básico y también tener una buena estructura para poder improvisar llegado el caso", aconseja. "Contar historias es jugar", recuerda. "Yo les diría a los padres que no tengan miedo a meter la pata, porque van a triunfar".

"Contar historias es jugar. Yo les diría a los padres que no tengan miedo a meter la pata, porque van a triunfar"

Héctor UrienCuentacuentos

Hay un momento de *El Quijote*, cuenta Urien en su espectáculo, donde un canónigo le pregunta al ingenioso hidalgo: ¿Pero qué hace usted leyendo libros de caballería, en lugar de aprovechar el tiempo para hacer cosas más virtuosas?, a lo que él responde algo así: "mire, yo le recomiendo hacer lo propio. En cuanto a mí, desde que soy caballero andante soy más generoso y mucha mejor persona".

Y colorín, colorado, este cuento se ha acabado.